

POEMAS CHILENOS

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Poemas Chilenos

[texto impreso] / José Santos Chocano

2ª edición. Pequeño Dios Editores, 2015.

PDE-SP-19 / 34 páginas. 12,6 x 17,7 cm.

I.S.B.N.: 978-956-8558-35-2

© José Santos Chocano

© Pequeño Dios Editores

Nueva de Lyon 19, departamento 21

Providencia, Santiago de Chile

info@pequeñodios.cl

www.pequeñodios.cl

Diseño portada e interior: Antonia Sabatini

Impreso en Chile / Salesianos Impresores S.A.

Primera edición 2.000 ejemplares

Santiago de Chile, septiembre de 2015

POEMAS CHILENOS

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Pequeño Dios Editores
SERIE POPULAR

CONTENIDO

<i>Biografía</i>	9
El idilio de los cóndores	11
Lautaro	15
Nostalgia	23
La tristeza del Inca	25
Los volcanes	27
Tríptico heroico	29
El sueño del cóndor	33
La noche de los Andes	35



José Santos Chocano

(Lima, 1875 – Santiago de Chile, 1934)

Es considerado uno de los poetas hispanoamericanos más importantes, por su poesía épica de tono grandilocuente, sonora y llena de colorido.

Su obra se inspira mayormente en los temas, los paisajes y la gente de su país y de América en general. Su creación literaria obtuvo en el Perú un reconocimiento nunca antes visto; llegó a ser el literato más popular después de Ricardo Palma, aunque su ascendiente en los círculos literarios peruanos fue disminuyendo paulatinamente, en beneficio de otro grande de la poesía peruana, César Vallejo. No obstante, Chocano sigue siendo recordado por la mayoría de los peruanos como un gran poeta; algunos de sus composiciones como «Blasón», «Los caballos de los conquistadores» y «¡Quién sabe!...», son clásicos de las recitaciones hasta la actualidad.

En 1934 fue asesinado en un tranvía que recorría la ciudad de Santiago por un esquizofrénico chileno que afirmaba haberse asociado con el poeta en la búsqueda de tesoros ocultos, pero al verse marginado de los supuestos beneficios de la empresa, optó por vengarse de esa manera. En realidad, Chocano no halló ningún tesoro. Fue sepultado en Santiago. Treinta años después, en 1965, sus restos fueron trasladados a Lima.

Nota de los editores

En esta reedición de Poemas Chilenos se ha respetado la ortografía y redacción de la publicación original.

EL IDILIO DE LOS CONDORES

a Alejandro Sawa

Como si fuese en pedestal de plata,
en un tímpano enorme, en cuya frente
se desespera el Sol, un grupo alado
bulle, sobre la abrupta escalinata
de los Andes.

El cóndor, que se siente
junto de su hembra, un ala enamorado
tiende sobre ella en forma de abanico,
la oprime con vigor á su costado
y en el trémulo moño húndela el pico.
¡Es el amor!

El viento se desata
cual se desata un lazo. Nubarrones
pasan en fugitivos escuadrones,
como una fabulosa cabalgata...
El señor de los Andes, que fulmina
su mirada de cólera hasta el hondo
valle que hay á sus plantas, adivina
la tempestad que se insinúa: inclina
la señorial cabeza; y, en redondo,
veinte leguas domina
de tierras desdobladas en el fondo...

Y el cóndor ve los campos, que parecen
telas tijereteadas por los ríos;
y las llanuras, á sus ojos, crecen

cubiertas de pintados sembradíos:
la cañada... el cafeto... Allá, una ruina;
más allá, un humo de ondulante sombra :
á veces, el perfil de una colina,
que en la tierra aplanada se adivina
como un zurcido en opulenta alfombra...

Y el cóndor va arrastrando la mirada
hacia el atrevimiento de su cumbre:
la selva le parece muchedumbre,
que va, de una quebrada á otra quebrada,
en escalonamiento portentoso,
en el que todo monte es una grada
y todo abismo un salto de coloso.

Luego, ya no ve selva. La pelada
roca, musculatura en carne viva,
se contrae en un ímpetu nervioso:
lánzase á la altitud, en superpuestas
arrugas cual de frente pensativa,
hasta turbar, con el fragor vidrioso
que se estremece en las plateadas crestas,
el mudo terciopelo del reposo...

¡Ah! Y el cóndor miró, como en un sueño,
que, desde allá, desde el rastrero llano,
se desprendió la audacia de un empeño
á sojuzgar las cúspides. No en vano
hasta la cumbre sola
en que el cóndor está, férrea serpiente

fué arrastrándose, en círculo ascendente,
como queriendo ensortijar su cola.

¡El tren!... En donde el pájaro salvaje
imperó sin rival, ya el tren impera.
El, soberbio, sacude su plumaje;
invita á su amorosa compañera;
y rompe el vuelo: entonces, de soslayo,
lanza al tren su mirada, á la manera
de un nubarrón que descargase un rayo...

¡Un rayo! Otro después...
Y nube oscura
rodeó el picacho y ensayó un estruendo.
¡Qué lobreguez en derredor!
La pura
limpidez de la nieve iba saliendo
de esa nube, cual de ancha sepultura;
porque esa nube, en derredor, sombría,
cubrió la tierra y se espació en la altura:
sólo el picacho, en la mitad, se erguía.

El cóndor y la hembra, en sus amores,
rascaron el azul, viendo á sus plantas
la tempestad, que, envuelta en resplandores,
tiene el delirio de las iras santas;
y escucharon del trueno el estampido,
mientras caía el agua en los regazos,
de las profundas selvas, con el ruido
de una cristalería hecha pedazos...

Y se amaron así: sobre los vientos
suspendidos los dos. ¡Eran dos vidas
y una palpitación; ó dos alientos.
y un óbscuro de amor! Las dos figuras
simulaban dos breves carabelas;
pero, al batir las alas confundidas,
destacábase el grupo en las alturas
como una embarcación de cuatro velas...

LAUTARO

(al Ateneo de Santiago de Chile)

I

La tribu, estrepitosa muchedumbre,
entre cantos y ruidos de timbales,
baja, de salto en salto, de la cumbre,
entre los temblorosos matorrales,
que abren ante ella el espantado seno
como á un empuje de torrente bronco,
mientras que, al par que se dosgalga el trueno,
el hacha cruje en el macizo tronco.

¿Adónde irá esa tribu de salvajes,
las chatas sienes entre erectas plumas,
mal ceñidos con hórridos pelajes,
los labios entreabiertos con espumas
y los puños cerrados con tatuajes?
¿Adónde, adonde irá, de salto en salto,
mientras que por encima huye una garza
ó un cóndor da sus vueltas en lo alto?
¿Adonde irá, por el espeso monte,
quebrando con su pie la dura zarza
y buscando con su hacha el horizonte?

A veces, ante el ímpetu bravío
de la tribu guerrera, se abre un flanco
de la montaña y se descuelga un río,
que va á estrellarse al fondo de un barranco;
á veces, sobre el grupo, un ancha nube
rasga su abrigo de flotante seda,

la lluvia cae, la neblina sube,
el rayo se disloca, el trueno rueda;
á veces, desde el seno del bosque
un alarido la extensión espanta,
una encina sacude su ramaje,
una culebra silba, un ave canta;
y por en medio, así, de la aspereza,
avanza, uno tras otro, el grupo entero,
sin inclinar la indómita cabeza,
resuelta la actitud, el gesto ufano,
un brazo firme en el broquel de cuero
y un hacha erguida entre la diestra mano...

II

Es la tribu araucana: ella a porfía
resiste al español, que, siempre noble,
se entusiasma ante aquella rebeldía.
Oyó mil veces el clarín hispano
y el alambor del épico redoble,
que ensordecieran á la Fama un día;
pero, al estancamiento del pantano
que se resigna á su apacible suerte,
prefirió el movimiento tumultuoso
de espumante raudal. Previo la muerte;
y combatió sin miedo y sin reposo;
y cuanto más bregó, se hizo más fuerte.

Tal, una vez, tras de batalla horrenda,
pudo el Conquistador entre sus lazos

coger á un prisionero: él era un niño.
¿Qué mágica pasión ó que leyenda
supo arrancarle á los maternos brazos
en la busca tal vez de otro cariño?
Amor de gloria le lijó otra senda:
amor de gloria le empujó, sin duda,
á buscar el arrullo en la contienda
y las caricias en la selva ruda...

Prisionero cayó. Valdivia, entonces,
de aquel heroico niño enamorado
se sintió, al verle despreciar los bronces
y, con la punta de sonora flecha,
abollar la coraza de un soldado
y quedarse después firme en la brecha.

—Heroico niño, ven. Toma el cuidado
—le dijo así— de mi corcel piafante:
me seguirás por donde vaya. Has dado
de tu gentil valor muestra bastante,
para ser digno de la noble prenda
de amistad que te ofrezco: ir á mi lado,
poner mi estribo y alcanzar mi rienda.—

III

Y corrieron los años; y el tumulto
de los sucesos no turbó un instante
en aquel niño el entusiasmo oculto.
¿Quién era el niño aquél? Lautaro el nombre.
El tiempo, siempre igual, siguió adelante...

y aquel niño sintió que iba siendo hombre.

¡Ah! ¡Cuántas veces contempló enjaulado
al cóndor de los Andes! ¡Cuántas veces,
él, también como el cóndor, al pasado
volvió los ojos y apuró las heces
de inefable dolor!...

El ave, un día
libre y feliz en la nevada altura,
cuidados en su jaula recibía
del niño aquél, que, en su infantil locura,
así le hablaba:—¡Tu aflicción es mía!—
Muchas veces el viento,
triste como un larguísimo lamento,
llegaba de los Andes, y traía
el olor de los bosques y el arrullo
de los pájaros libres y la fría
pureza de las nieves y el murmullo
de fuentes claras entre selva umbría;
y entonces, ¡ay! entonces, el salvaje
cóndor, en su letal melancolía,
esponjaba su olímpico plumaje,
el curvo pico apenas entreabría,
y, clavando en el cielo sus miradas
de nostálgica angustia, lentamente
las alas iba abriendo... y de repente
las desplegaba como nunca bellas,
para que, al sacudirlas desplegadas,
pasase el viento por debajo dellas...

IV

Y sucedió que, el día,
en que la tribu errante
de las cumbres bajó, ronca porfía
trabóse al fin con la aguerrida hueste
de los Conquistadores...

¡Oh! ¡ qué instante!
Hubo una Iliada autóctona y agreste:
Ercilla la cantó. ¡No hay quien la cante!

Cuando, tras la perínclita batalla,
la flecha cae, el arcabuz se calla
y quedan los hispanos vencedores,
siente Lautaro el eco en sus oídos
de la infancia revuelta entre fragores;
y prefiere, á gozar con sus señores,
el pasarse á sufrir con los vencidos.

¡Vencidos! ¿Y qué es ello? No es la suerte
una esclava del hombre. La victoria
es un capricho de mujer. La muerte
vence á la vida, pero no á la gloria.
Para ceñirse con laurel y roble,
¡no basta ser audaz sino ser fuerte,
no basta ser feliz sino ser noble!

V

Tal es cómo, vibrante y satisfecho,

se aleja con el grupo de vencidos
el mancebo gentil. Sobre su frente
ciñe plumas de cóndor; en su pecho,
piel de tigre; en sus brazos rehornados,
pulseras de metálica serpiente.

Y ahí va...

Mas de pronto, en la montaña,
sopla un viento cargado de perfume:
la intonsa cabellera se enmaraña;
la replegada flor se desentume;
la hojarasca levántase en un giro;
el arroyo hace bucles con sus ondas;
el ramaje se envuelve en un suspiro;
y hay un golpe de látigo en las frondas...
Entonces ¡ay! el juvenil atleta,
al evocar el viento que ha pasado,
siente en su pecho una emoción inquieta,
porque piensa en el cóndor enjaulado...

Súbito, aquel que se pasó al vencido,
en soberbio picacho encuentra el nido
de un cóndor; luego á él: símbolo augusto
de indomable vigor. Bajo la garra,
una res ha tronchado su robusto
cuello; y el pico le penetra un flanco,
a manera de corva cimitarra:
la sangre le golea hacia un barranco.

Lautaro, que ama al cóndor prisionero
espanta á ese otro cóndor con un grito...
Y el ave colosal, que en su fiereza
se encara contra él, bate primero
las alas, después yergue la cabeza;
y, desde la ardua cumbre de granito,
se desprende por fin... como un velero
que zarpase con rumbo al infinito.

Y en tanto que se aleja el cóndor fiero,
Lautaro abre su trocha en la aspereza;
y le sigue callado el grupo entero,
resuelta la actitud, el gesto ufano,
un brazo firme en el broquel de cuero
y un hacha erguida entre la diestra mano...

NOSTALGIA

Hace ya diez años
que recorro mundo,
¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!

Quien vive de prisa no vive de veras;
quién no echa raíces no puede dar fruto.
Ser río que corre, ser nube que pasa,
sin dejar recuerdo, ni rastro ninguno,
es triste; y más triste para quien se siente
nube en lo elevado, río en lo profundo.
Quisiera ser árbol mejor que ser ave;
quisiera ser leño mejor que ser humo...

Y al viaje que cansa
prefiero el terruño.

la ciudad nativa con sus campanarios;
arcaicos balcones, portales vetustos
y calles estrechas, como si las casas
tampoco quisieran separarse mucho.

Estoy en la orilla
de un sendero abrupto.

Miro la serpiente de la carretera
Que en cada montaña; da vuelta a un nudo;
Y entonces comprendo que el camino es largo,
que el terreno es brusco,
que la cuesta es ardua:
que el paisaje es mustio...

¡Señor! ¡ya me cansó vagar, ya siento
nostalgia, ya ansio descansar muy junto
de los míos... Todos rodearán mi asiento
para que les diga mis penas y triunfos;

y yo a la manera del que recorriera
un álbum de cromos, contaré con gusto
las mil y una noche de mis aventuras
y acabaré en esta frase de infortunio:

¡He vivido poco!

¡Me he cansado mucho!

LA TRISTEZA DEL INCA

Este era un Inca triste de soñadora frente,
ojos siempre dormidos y sonrisa de hiel,
que recorrió su Imperio buscando inútilmente
á una doncella hermosa y enamorada dél.

Por distraer sus penas, el Inca dió en guerrero:
puso á su tropa en marcha y el broquel requirió;
fué dejando despojos sobre cada sendero;
y las nieves más altas con su sangre manchó.

Tal sus flechas cruzaron invioladas regiones,
en que apenas los ríos se atrevían á entrar;
y tal fué derramando sus heroicas legiones
de la selva á los Andes, de los Andes al mar.

Fué gastando las flechas que tenía en su aljaba,
una vez y otra y otra, de región en región;
porque cuando salía victorioso lograba
levantar la cabeza, pero no el corazón.

Y cansado de sólo levantar la cabeza,
celebró bailes magnos y banquetes sin fin;
pero no logró nada disipar su tristeza:
ni la sangre del choque, ni el licor del festín.

Nadie entraba en el fondo de su espíritu oculto:
ni las cándidas ñustas de dinástico rol,
ni las sciris de Quito consagradas al culto,
ni del Cuzco tampoco las vestales del Sol.

Fué llamado el más viejo sacerdote.

–Adivina

este mal que me aqueja y el remedio del mal.–
Dijo al gran sacerdote, con voz trémula y fina,
aquel joven monarca displicente y sensual.

–“¡Ay! Señor– dijo el viejo sacerdote.–Tus penas
“remediarse no pueden. Tu pasión es mortal.
“La mujer que has ideado tiene añil en las venas,
“un trigal en los bucles y en la boca un coral.

“¡Ay! Señor: cierto día vendrán hombres muy blancos
“Ha de oirse en los bosques el marcial caracol;
cataratas de sangre colmarán los barrancos;
y entrarán otros dioses en el Templo del Sol.

“La mujer que has ideado pertenece á tal raza.
“Vanamente la buscas en tu innúmera grey;
“y servirle no pueden oración ni amenaza,
“porque tiene otra sangre y otro dios y otro rey”.

Cuando el rito sagrado le mandó optar esposa,
hizo astillas el cetro con vibrante dolor;
y aquel joven monarca se enterró en una fosa
y pensando en la rubia fué muriendo de amor.

Castellana! tú ignoras todo el mal que me has hecho.
Castellana! recuerda que nací en el Perú.
La tristeza del Inca va llenando mi pecho;
¡y quién sabe... quién sabe si la rubia eres tú!

LOS VOLCANES

Cada volcán levanta su figura,
cual si de pronto, ante la faz del cielo,
suspendiesen el ángulo de un velo
dos dedos invisibles de la altura.

La cresta es blanca y como blanca pura:
la entraña hierve en inflamado anhelo;
y sobre el horno aquel contrasta el hielo,
cual sobre una pasión un alma dura.

Los volcanes son túmulos de piedra,
pero a sus pies los valles que florecen
fingen alfombras de irisada yedra;

y por eso, entre campos de colores,
al destacarse en el azul, parecen
cestas volcadas derramando flores...

TRIPTICO HEROICO

I CUACTHEMOC

Solemnemente triste fué Cuacthemoc. Un día un grupo de hombres blancos se abalanzó hasta él; y mientras que el imperio de tal se sorprendía, el arcabuz llenaba de huecos el broquel.

Preso quedó; y el Indio, que nunca sonreía, una sonrisa tuvo que se deshizo en hiel.
—¿En dónde está el tesoro?— clamó la vocería;
y respondió un silencio más grande que el tropel...

Llegó el tormento... Y alguien de la imperial nobleza quejóse. El Héroe díjole, irguiendo la cabeza;
—¡Mi lecho no es de rosas!— y se volvió a callar.

En tanto, al retostarle los pies, chirriaba el fuego, que se agitaba á modo de balbuciente ruego, ¡porque se hacia lenguas como queriendo hablar!

II OLLANTA

Contra el Imperio un día su espíritu levanta;
afilas en los peñascos su espada y su rencor;
el nudo de un sollozo retuerce en la garganta,
y jura, en un gran charco de sangre hundir su amor.

Huye, de risco en risco, con trepadora planta;
impone en una cumbre su nido de cóndor;
y entre una fortaleza diez años lucha Ollanta,
que son para su ñusta diez siglos de dolor...

Amó á la sacra hija del Inca, en el misterio:
cuando el Señor lo supo, se estremeció el imperio,
cayó la ñusta en tierra é irguióse el paladín.

Después, vino otro Inca que le llamó su hermano;
¡y tras de tanta sangre, no derramada en vano,
sólo quedó la nieve teñida de carmín!

III CAUPOLICÁN

Ya todos los caciques probaron el madero.
—¿Quién falta?— Y la respuesta fue un arrogante: —¡Yo!
—¡Yo!— dijo; y, en la forma de una visión de Homero,
del fondo de los bosques Caupolicán surgió.

Echóse el tronco encima, con ademán ligero
y estremecerse pudo, pero doblarse no.
Bajo sus pies, tres días crujir hizo el sendero;
y estuvo andando... andando... y andando se durmió.

Andando, así, dormido, vió en sueños al verdugo:
él muerto sobre un tronco, su raza con el yugo,
inútil todo esfuerzo y el mundo siempre igual.

Por eso, al tercer día de andar por valle y sierra,
el tronco alzó en los aires y lo clavó en la tierra
¡cómo si el tronco fuese su mismo pedestal!

EL SUEÑO DEL CONDOR

Al despuntar el estrellado coro,
pósase en una cúspide nevada:
lo envuelve el día en la postrer mirada;
y revienta á sus pies trueno sonoro.

Su blanca gola es imperial decoro;
su ceño varonil, pomo de espada;
sus garfios siempre en actitud airada,
curvos puñales de marfil con oro.

Solitario en la cúspide se siente:
en las pálidas nieblas se confunde;
desvanece el fulgor de su aureola;
y esfumándose, entonces, lentamente,
se hunde en la noche, como el alma se hunde
en la meditación cuando está sola...

LA NOCHE DE LOS ANDES

Hay en las soledades de la puna,
cuando la noche aumenta ese reposo,
un misterio solemne y religioso
como el amor de un alma sin fortuna.

Cada cumbre de nieve es como una
virgen, que, de la mano del esposo,
aparece en el templo luminoso,
envuelta en fría castidad de Luna.

¡Oh cuadro aquel de místicos reflejos!
Los mismos Andes á los cielos crecen
como torres de ingente campanario;

los rayos se hacen cruces, á lo lejos;
y hasta los astros, al brotar, parecen
las desgranadas cuentas de un rosario...

Pequeño Dios Editores

DE LA MISMA SERIE

- | | |
|--|---------------------|
| 1. <i>El Espejo de Agua y Ecuatorial</i> | Vicente Huidobro |
| 2. <i>Entre Dientes</i> | Rodolfo Alonso |
| 3. <i>Perro de Circo</i> | Juan Cameron |
| 4. <i>El Hombre Invertido</i> | Mauricio Barrientos |
| 5. <i>La Novela Terrígena</i> | Mario Verdugo |
| 6/7. <i>Azul...</i> | Rubén Darío |
| 8. <i>Ahora, Mientras Danzamos</i> | Soledad Fariña |
| 9. <i>El Derrumbe de Occidente</i> | Claudio Giaconi |
| 10. <i>El Imperio de la Inocencia</i> | Santiago Azar |
| 11. <i>Me Miran a la Cara</i> | Juan Sánchez Peláez |
| 12. <i>Luz Adjunta</i> | Braulio Arenas |
| 13. <i>René o La Mecánica Celeste</i> | Jorge Cáceres |
| 14. <i>Canciones para una Banda de Rock</i> | Piero Montebruno |
| 15. <i>La Fauna del Cielo</i> | Tito Valenzuela |
| 16. <i>La manoseada</i> | Sergio Parra |
| 17. <i>Juegos i guiños</i> | Guillermo Daghero |
| 18. <i>El frío e impersonal mundo de la poesía</i> | Gonzalo Contreras |
| 19. <i>Poemas Chilenos</i> | José Santos Chocano |
| 20. <i>País Insomnio</i> | Francisco Véjar |